

Dos Tratamientos Hipermodernos del Cuerpo

Romina Gabriela Galiussi

En esta época operan nuevas modalidades de intervención sobre el sujeto y el cuerpo, antes inexistentes. Este trabajo ubica la incidencia de estas modalidades sobre las demandas que el sujeto efectúa para que se intervenga sobre el mismo. A partir de la primacía del saber científico y el capitalismo globalizado, surge la falta de respuestas por parte del Otro o, más aún, la verificación de su inconsistencia. Así, debido a la ausencia de una autoridad prescriptiva, se conserva el debate, la controversia y la paradoja hipermoderna respecto del qué hacer. Cada vez se es más libre de tomar decisiones, pero ante la ausencia de una instancia que regule—como lo era fuertemente la religión y la tradición en la moral civilizada de la modernidad—se producen la fragilidad, la inestabilidad y la angustia que caracterizan nuestro tiempo. El transexualismo y la plastinación, si bien extremas, son prácticas que dan cuenta de las modificaciones y nuevas coordenadas que toma el cuerpo en la actualidad.

Si tu ojo te escandaliza arráncalo... Si tu ojo se vende bien, dónalo. (Lacan, 1985, p. 99)

El hombre ha nacido en una situación limitada; puede ver determinados fines sencillos, cercanos, y se acostumbra a utilizar los medios que tiene a mano en su entorno; pero tan pronto como se encuentra ante un horizonte más amplio, no sabe ya lo que quiere, ni lo que debe hacer. (Goethe, citado en Safranski, 2005, p. 79)

Actualmente operan sobre el cuerpo diversas modalidades de intervención, como consecuencia de la coyuntura por la que atraviesa nuestra época, a partir del avance del capitalismo y la tecnociencia. En este trabajo intentaré ubicar la incidencia de aquella sobre el sujeto y, particularmente, sobre lo que éste demanda para que se intervenga sobre su cuerpo.

Comenzaré tomando lo propuesto por Jacques Alain Miller (2005), quien sostiene que vivimos una época en la que el Otro no existe—continuando de alguna manera lo que comenzó Jacques Lacan en 1938 interpretando el malestar contemporáneo desde la perspectiva del declive de la función paterna en la institución familiar. En otras palabras, han sido puestas radicalmente en cuestión las instancias que ordenaban y prescribían el accionar del sujeto. El goce ya no se halla regulado por la lógica edípica y las identificaciones, en las que el padre funcionaba como ordenador. Así, ante esta falta, los modos de irrupción de dicho goce son solidarios a la vez, de formas inéditas de intentar regularlo.

Debido a la ausencia de una autoridad prescriptiva (trabajada por Lacan de diversas maneras a lo largo de su enseñanza y retomada recientemente por Miller, entre otros autores que introduciré en breve), se conserva el debate, la controversia y el “escepticismo sobre lo verdadero, lo bueno, lo bello, sobre el valor exacto de lo dicho, sobre las palabras y las cosas, sobre lo real” (Miller, 2005, p. 10), acaeciendo una constante incertidumbre sobre el hacer. Consecuentemente, hacen su aparición y proliferan los comités de ética, como forma de ocupar ese agujero que insta la ausencia de una instancia de medida. No obstante, las reglamentaciones que postulan se

muestran altamente inestables, subvirtiéndose constantemente, generando una multiplicidad de normas cuyo consenso es inestable y efímero.

A partir de la primacía del saber científico y el capitalismo globalizado, surge la falta de respuestas por parte del Otro o, más aún, la verificación de su inconsistencia. Esto es lo que caracteriza a nuestra época y que ha arrastrado al sujeto a un proceso de constante aceleración, ilimitado e inconsistente—que el sociólogo Zygmunt Bauman (2005) denominó bajo el término *modernidad líquida*—dejándolo en un impasse, en un vacío desestabilizador que constituye las coyunturas actuales de la angustia.

De esta manera, nos encontramos en un tiempo en donde los significantes amo han perdido su valor orientador, al prevalecer su enjambre o su pulverización. Si bien las identificaciones que ordenaban han caído, ahora los individuos obedecen a un imperativo de goce. Se trata de un mandato a gozar que los deja en una paradoja sin medida que Gilles Lipovetsky (2003) explica bajo la introducción del término *hipermodernidad*. La misma se define como una exacerbación de la modernidad que identifica a la era actual, en la que prevalece un consumo globalizado que absorbe a partes cada vez más amplias de la vida social. Así, la hipermodernidad constituye una segunda versión de la modernidad, en donde los axiomas de esta última—la técnica y la lógica del mercado—son conducidos a una expansión sin límite.

Lipovetsky establece así diferencias entre la modernidad, la postmodernidad y la hipermodernidad, debido a que, si bien las tres componen fases del capitalismo, han producido diversos efectos en la cultura. La modernidad se ha caracterizado por la existencia de una sociedad que, aunque regida por la lógica global, es disciplinaria. En ella, la moral tradicional y el avance tecno-mercantil conllevarían respectivamente orden y progreso. Ante el avance capitalista, en la postmodernidad surge una sociedad postdisciplinaria, en la cual se produce una liberación de las tradiciones y una autonomía frente a las estructuras ideales, dominantes en la fase anterior. Cae así la sociedad disciplinaria, surgiendo una fase caracterizada por el hedonismo y la libertad individualista. La hipermodernidad, por su parte, toma rasgos de las dos fases anteriores, el hedonismo y la obediencia, produciendo un efecto subjetivo en dos lógicas extremas y paradójales entre el autocontrol o el descontrol, el orden o el desorden, la prudencia o el caos. Así, desde la perspectiva de Lipovetsky, el sujeto contemporáneo es impulsado a la búsqueda de un goce cada vez más inmediato, pero que no puede disfrutar debido a la incertidumbre que le genera el futuro. Es decir, cada vez más se es libre para tomar decisiones, pero eso mismo, ante la ausencia de una instancia que regule—como lo era fuertemente la religión y la tradición en la moral civilizada de la modernidad¹—es lo que produce la fragilidad, la inestabilidad y la angustia de nuestro tiempo, más próxima a lo que Sigmund Freud denominó neurosis actuales que a la angustia señal de las psiconeurosis. Así, el sujeto contemporáneo se halla exigido por un imperativo de goce de consumo ilimitado y, al mismo tiempo, impulsado a una búsqueda constante de aquello que garantice o limite dicha exigencia. Eric Laurent (Laurent & Miller, 2005) sostiene que “como la subjetividad de nuestra época palpó que el Otro no existe, remite su búsqueda a la subjetividad del cuerpo” (p. 229). Y ello es justamente lo que interesa para este desarrollo, es decir, como las particularidades de la época hipermoderna inciden en el cuerpo, generando en el sujeto una pérdida de la distancia, como si la referencia

pasara a ser buscada en el cuerpo mismo, reduciéndose a su ser corporal a partir de demandas dignas de ser interrogadas.

En este espacio desarrollaré dos prácticas: el transexualismo y la plastinación; si bien son extremas, dan cuenta y nos brindan una perspectiva de las modificaciones y nuevas coordenadas que toma el cuerpo—en sus dimensiones de imagen, de goce y de coordenadas simbólicasⁱⁱ— en la actualidad.

Rectificación Médica del Sexo

Cada vez sorprende menos el avance del saber científico; sus instrumentos recaen sobre lo real del cuerpo, produciendo modificaciones no sólo en la imagen—que puede ser bella, grotesca o bizarra, producto por ejemplo de la realización de policirujíasⁱⁱⁱ—sino fundamentalmente a nivel de los efectos que produce en quien lo solicita. Interesa abordar aquí la marca de la ciencia que opera en el transexualismo, la cual prueba no sólo la posibilidad de elección individual—la cual es ilusoria, si se piensa en la determinación inconsciente—sino también la libertad tecno-científica, en donde frente a la demanda se interviene operando una mutilación o injerto irreversible, sin interrogar las causas, dejando a un lado la responsabilidad e implicación del sujeto en ella y sin tener en cuenta las consecuencias que acarrea. Si bien se realizan entrevistas, evaluaciones médicas y psicológicas previas, es de mencionar la incertidumbre que recae sobre las mismas, en la medida en que en muchos casos predomina la respuesta a la demanda por sobre su interrogación. Catherine Millot (1984) afirma que en estos casos se trabaja con la sugestión, la cual no actúa sobre la causa, ya que aquella

se ejerce en nombre de la norma, y supone la exclusión de la dimensión del deseo y su interrogación. Eso es lo que tiene en común con la cirugía. El transexual que...se constituye por la asignación de otro (médico, psicólogo), por haber encontrado a su Otro en la ciencia, halla una respuesta obturadora, incluso falaz, al interrogante de su deseo. El deseo del Otro ya no está velado; el veredicto cae: que se haga operar. (p. 129)

Henry Frignet—un psiquiatra y psicoanalista francés que ha volcado en una publicación reciente una interesante casuística y abordaje del tema que nos ocupa—cita casos en donde los argumentos que otorgan los pacientes para que se les realice la intervención se relacionan con un error de la naturaleza o por el carácter de extranjería que tiene el sexo que poseen respecto de su cuerpo. Existen otros casos de pacientes, llamados dismorfofóbicos, en donde a los mismos y luego de que en evaluaciones psiquiátricas los consideraran normales, se les ha amputado un miembro superior o inferior, pues había “dejado de reconocer como perteneciente a su propio cuerpo el miembro cuya amputación solicitaba” (Frignet, 2003, p. 128). En relación con la perspectiva y posición científica, Lacan (1985) sostiene que

[e]l poder de la ciencia brinda a todos la posibilidad de ir a ponerle al médico su cuota de beneficios con un objetivo inmediato, vemos dibujarse la originalidad de una dimensión que llamo la demanda. Es en el registro del modo de respuesta a la demanda del enfermo donde está la posibilidad de supervivencia de la posición propiamente médica. (p. 90)

Se puede pensar que esta respuesta inmediata a la demanda no implica que se considere al sujeto que la hace, pues se lo toma como un consumidor y no como alguien pasible de interrogarse respecto de lo que dice en aquello que pide.

La intervención médica opera una mutilación en lo real del cuerpo, generando a la vez una modificación en la imagen del mismo. Al mismo tiempo, provoca un llamado al Derecho, al que se le pide que mediante el sello de la ley reconozca esa transmutación, accediendo a cambiar en documentos tanto su nombre como su sexo, es decir, que ese cambio se escriba y se diga, como intervención simbólica. Asimismo, esta mutación convoca a muchas disciplinas, tornándose lo aparentemente privado en público y suscitando por lo tanto el interrogante sobre quién es el propietario del cuerpo: el sujeto, la ciencia o el derecho, como así también plantea un cuestionamiento sobre las posibilidades y los límites del accionar. Al respecto Frignet (2003) sostiene que “al no ser ya necesaria ninguna exigencia terapéutica para obtener un cambio de sexo, de estado civil, la medicina y la cirugía ya no necesitan contar con la justificación terapéutica, con las implicaciones de orden público que ello acarrea” (p. 99). Cabe agregar que las normas existentes se revelan inconsistentes frente al caso individual. Allí donde el Otro no existe no necesariamente se multiplica la anomia, debido a que el orden se sostiene en el saber burocrático y sus normativas, es decir, en nuevos modos de reglamentaciones burócratas.

Por otro lado, este tema no sería objeto de cuestionamientos por parte de los defensores de los derechos individualistas, pues cada quien dispone de su cuerpo para hacer lo que quiera—salvo quitarse la vida, el cual es un acto que aún hoy la sociedad condena. No obstante, el punto central es que muchas veces estas intervenciones sobre el cuerpo tienen efectos que, lejos de ser satisfactorios, producen depresión y síntomas que dan cuenta, como sostiene Collette Soler (2003), “que la fijación a la imagen no tiene nada que ver con las virtudes, con las cualidades estéticas de la imagen” (p. 18). Se demuestra que la intervención que cambia el sexo no culmina al modificarlo. Asimismo, el transexualismo puede tener consecuencias inesperadas pues imposibilita desvanecer la discordancia existente entre la elección sexuada que permite efectuar la ciencia y la identidad sexual constituida.^{iv} Frignet toma como ejemplo el caso de un hombre casado con una mujer y padre de un niño, que demandó la intervención médica pues, además de sentirse mujer, quería ser lesbiana. Vemos así como el sentido común queda interrogado, no sólo por la demanda sino por los fines de los que sería medio. Finalmente esta operación fue seguida por el divorcio y reiterados intentos de suicidio, a la vez que por el consumo de una cantidad considerable de medicación como forma de tramitarla.

Entre otra de sus consecuencias, dicha operación—como es expuesto por Frignet, Stoller y Millot en algunos casos—puede desencadenar una psicosis^v que se mantenía compensada antes de la intervención, o como mencionamos, un pasaje al acto suicida. En otros casos, la intervención quirúrgica permitiría regular algo de ese goce que antes de la misma se encontraba sin anudamiento, generando un efecto de pacificación. Se ve así cómo este cambio opera sobre la regulación o desregulación del goce, encadenando o desencadenándolo. El interés de este desarrollo recae no en un enjuiciamiento moral o valorativo respecto de la temática, sino en plantear la coyuntura problemática que rodea al mismo. En la elección está el riesgo.

La Transformación Tecno-Estética del Cuerpo Muerto

El progreso científico ha favorecido, no sin costos, la existencia de un rechazo extremo hacia el envejecimiento, recurriendo para ello a la realización de cirugías estéticas que pretenden velar el avance del tiempo. Se podría pensar que lo que se presenta no es sólo el temor a envejecer sino la proximidad que la vejez tiene con la muerte, siendo estas intervenciones un modo de tratamiento evasivo y anticipatorio del encuentro con la misma.

En íntima relación con este tema, podemos sostener que el cuerpo se eterniza por la sepultura, por medio de la lapidaria marca significativa que rechaza que el cuerpo se consume. La tragedia de Antígona de Sófocles sería paradigmática en este sentido. En la misma, luego del enfrentamiento en el que los hermanos Eteocles y Polinice se dieron mutua muerte, el nuevo rey, Creonte, ordena que se le otorgue sepultura a Eteocles pues ha muerto por su tierra. En cambio, Polinice murió peleando contra los suyos y por lo tanto su cuerpo no será sepultado ni se brindarán los ritos funerarios de costumbre. Luego de este edicto, Creonte amenaza con quitar la vida de quien lo desobedezca. No obstante, Antígona lo desobedece, dándole sepultura a su hermano como forma de subjetivar aquello que se intentaba abolir. Lacan (1988) realiza un exhaustivo comentario sobre esta tragedia. En relación la misma afirma que “[n]o se trata de terminar con quien es un hombre como con un perro. No se puede terminar con sus restos olvidando que el registro del ser de aquel que pudo ser ubicado mediante un nombre debe ser preservado por el acto de los funerales” (p. 335). Tal es el acto que Antígona realiza al sepultar los restos de su hermano Polinice. Esta sería una forma de eternización efectuada por la vía simbólica, que permite conservar un nombre más allá del cuerpo.

Actualmente, sin embargo, existe otra forma de tratamiento de la muerte que se despliega ya no de manera simbólica, sino entre lo imaginario y real. Es la plastinación. Charles Melman (2005) sostiene que nuestra época se halla regulada por una “nueva economía psíquica” (p. 15) a partir de una crisis de los puntos de referencia existentes; se genera así un movimiento que tiene un impulso propio y que implica la mutación constante de lo que él llama hombres sin gravedad. Melman (2005) afirma que de una economía basada en la represión se ha pasado “a una economía organizada por la exhibición del goce” (p. 16). En este sentido, el autor sostiene que se están franqueando límites, y ubica a la plastinación como emblemática de este franqueamiento. La plastinación es una técnica creada por el Dr. Gunther von Hagens que permite la conservación de órganos reales, sustituyendo el agua corporal por acetona y ésta por un polímero, es decir, una solución de sustancia plástica endurecible que evita la putrefacción y viabiliza la manipulación del material, cuidando la forma. Esto facilita que el cuerpo adquiera posturas que se asemejan a las vitales, en una vitalidad inmortal, mediante la cadaverización del movimiento.

Esta técnica no sólo conlleva fines educativos—al abastecer el estudio anatómico del cuerpo en condiciones inodoras y conservables—sino estéticos, mediante muestras de imágenes que pueden ser tanto bellas como horribles, las que sin embargo se exponen en distintas partes del mundo sin selección a fin de que el impaciente y masivo público las contemple desnudas, sin velos.

Así, el cuerpo hipermoderno ya no se representa sino que se presenta en crudo, con una presencia estéticamente fascinante y a la vez angustiada, al condensar un cuerpo muerto y una imagen viva, es decir, al pretender aunar un imposible con la vida en la muerte, eligiendo un lugar distinto al de la sepultura, si consideramos la demanda que existe en los sujetos de querer someterse a esta técnica cuando mueran, realizando una donación cadavérica en vida, prefiriendo la plastinación a la putrefacción o la cremación.

Se origina así la mutación desde un lugar sepulcral que protegía al cuerpo y permitía su recuerdo, a una gira mundial en la que se muestran los cuerpos. Se trata de un mercado de imágenes y de exhibición, allí donde lo que era privado ahora es transparente. La muerte se encuentra así en una estética que se orienta en la lógica del espectáculo.

Consideraciones Finales

La hipermodernidad devela aquello que protegía tanto al sexo como al cuerpo muerto. Se han tomado como ejes paradigmáticos al transexualismo y la plastinación en tanto actualmente ambos son objetos de una manipulación que no deja de ser inquietante. Asimismo, buscan franquear lo imposible e irrepresentable de la muerte y la sexualidad que Freud ya había anticipado, como formas de tratarlo.

Se puede sostener que el cuerpo es pasible de transformarse por el discurso en tanto el lenguaje incide sobre él. La apuesta es que se puede intervenir sobre lo real desde lo simbólico, en tanto el lenguaje en su materialidad es cuerpo. La forclusión del sujeto por parte de la ciencia genera la neutralización de la dimensión de la palabra, apareciendo fenómenos en el cuerpo que no son del orden del retorno de lo reprimido, sino de una lógica de empuje al goce. Es aquí donde cabe la oposición entre la lógica del exceso, que instrumentaliza al cuerpo en un goce solitario, a la dimensión del deseo, el amor y el lazo social.

En los dos ejemplos abordados, la intervención comienza por la operación de la ciencia—que reduce al sujeto a uno o a un conjunto de órganos, ignorando la dimensión de goce del cuerpo—y, en el caso del transexualismo, puede culminar en un mayor malestar o en la solicitud de que ese cambio se nombre mediante una vía legal.

La tecno-ciencia opera poniendo en suspensión lo simbólico y forcluyendo la dimensión del sujeto, produciendo efectos inéditos en lo imaginario y real del cuerpo. Por ello, desde otra perspectiva se tornaría interesante revertir el orden y comenzar por el decir, a fin de interrogar y analizar en cada caso que es lo que precipita la demanda, en tanto “la ciencia no es incapaz de saber qué puede; pero ella, al igual que el sujeto que engendra, no puede saber que quiere” (Lacan, 1985, p. 92).

Es sabido que el psicoanálisis no puede en sí mismo revertir el impulso hipermoderno, ni tampoco se trata de restaurar el nombre del padre en una época donde todo signo o indicio de autoridad es visto como autoritarismo. De esta manera, se puede pensar que no tiene ni más ni menos que intervenir de un modo indirecto, incidiendo en un sujeto que pueda decir no a eso que lo arrastra, haciendo uso de su responsabilidad. Para concluir, la propuesta se halla en la posibilidad de responder al sin límite impuesto por la estética científica^{vi}—y la mutación potencial que plantea, forclusiva del sujeto—desde la ética del psicoanálisis donde no todo es posible, a partir de un *bien-decir* y del

deseo del analista que, contrariamente a lo que impone la época, no pretende ningún objeto de consumo.

Referencias

- Bauman, Z. (2005). Amor líquido. Bs. As., Argentina: Ed. Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Butler, J. (2002). Cuerpos que importan. Bs. As., Argentina: Paidós.
- Butler, J. (2001). El género en disputa. Bs. As., Argentina: Paidós.
- Fariña, J. y cols. (1998). Ética: un horizonte en quiebra. Bs. As., Argentina: Ed. Eudeba.
- Frignet, H. (2003). El transexualismo. Bs. As., Argentina: Ed. Nueva Visión.
- Galiussi, R., (2005) “Dimensiones éticas del cuerpo en la era contemporánea”, *Memorias de las Jornadas de Investigación – Primer Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur*, Tomo II, N° ISSN 1667-6750, Bs. As., Secretaría de Investigaciones, Facultad de Psicología, UBA. En prensa.
- Lacan, J. (1988). El Seminario, Libro VII “La ética del psicoanálisis”. Bs. As., Argentina: Ed. Paidós.
- Lacan, J. (1977). La familia. Bs. As., Argentina: Ed. Homo Sapiens.
- Lacan, J. (1985). Psicoanálisis y medicina. En Intervenciones y textos. Bs. As., Argentina: Ed. Manantial
- Lipovetsky, G. (1994). El crepúsculo del deber. Barcelona, España: Ed. Anagrama
- Lipovetsky, G. (1986). La era del vacío. Barcelona, España: Ed. Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2004). Les temps hypermodernes. Paris, Francia : Éditions Grasset.
- Lipovetsky, G. (2003). Metamorfosis de la cultura liberal. Barcelona, España: Ed. Anagrama.
- Melman, C. (2005). El hombre sin gravedad. Rosario, Argentina: UNR Editora.
- Miller, J. A. (2005). El Otro que no existe y sus comités de ética. Bs. As., Argentina: Ed. Paidós.
- Millot, C. (1984). Exsexo. Ensayo sobre el transexualismo. Bs. As., Argentina: Ed. Catálogos.
- Morel, G. (2002). Ambigüedades sexuales. Sexuación y psicosis. Bs. As., Argentina: Ed. Manantial.
- Safranski, R. (2005). ¿Cuánta globalización podemos soportar? Bs. As., Argentina: Tusquets Editores.
- Sáez, J. Teoría Queer y psicoanálisis. Madrid, España: Ed. Síntesis.
- Soler, C. (2003). L'en-corps del sujeto. Barcelona, España: Ed. Collège clinique de Paris.

Autor

Romina Gabriela Galiussi es Licenciada en Psicología. Docente de la Cátedra Psicología, Ética y Derechos Humanos, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Psicóloga del Consejo Nacional de Niñez, Adolescencia y Familia.
rgaliussi@uolsinectis.com.ar

NOTAS

ⁱ En relación con este tema, es necesario destacar que el declive de la instancia paterna no coincide necesariamente con su eliminación absoluta. Existen movimientos precarios, erráticos o nostálgicos que intentan restaurar los valores puestos en cuestión. Se pueden reconocer en la actualidad diversos llamados “religiosos” al padre o fundamentalismos extraviados. Más que la permanencia de las tradiciones del pasado, estos movimientos dan muestra de una respuesta, muchas veces desesperada, a las coordenadas del presente que describimos en este trabajo.

ⁱⁱ A partir de la enseñanza de Lacan, podemos tomar el cuerpo a partir de los tres registros que él mismo introduce, pudiéndose situar una dimensión imaginaria, instaurada a partir del estadio del espejo. Podemos también hablar del cuerpo como significante, desde la marca que lo simbólico ha operado sobre él y, finalmente, existe el cuerpo en su estatuto real, como sustancia gozante.

ⁱⁱⁱ Dentro de las distintas manifestaciones o “tratamientos” que operan sobre el cuerpo como nuevas figuras culturales, podemos mencionar además—y entre tantas otras—la realización exacerbada de tatuajes o piercing. Estas marcas escogidas en el cuerpo devienen un rasgo identificador y asimismo, es una forma de tramitar aquello que no se ha podido por la vía simbólica, un “símbolo impreso en la carne” (Soler, 2003, p. 31).

^{iv} En relación con esta diferencia, C. Soler sostiene que para Freud la anatomía definía el destino. Para Lacan en cambio, el mismo se orienta en la declaración del sexo que remite al discurso y a la relación al falo. Asimismo, la ciencia pone en disyunción la anatomía con el destino, pero a partir de una intervención quirúrgica en lo real del cuerpo.

Otra diferencia se ubica en relación al sexo y al género. Para algunos autores—entre ellos Stoller y Judith Butler— “la distinción entre sexo y género no existe como tal” (Butler, 2001, p. 39–40) pues serían un producto de las representaciones culturales, identificaciones y normas, que se define por la cantidad de feminidad y masculinidad existente en cada uno. Para Lacan, la sexuación no se basa ni en cantidades ni en identificaciones imaginarias, pues en la sexuación hay allí un real, irreductible y resistente a la adaptación.

^v Respecto de este tema, Catherine Millot (1984, p. 34.) sostiene que “el síntoma transexual *stricto sensu* (convicción y demanda de transformación), corresponde al intento de paliar la carencia del Nombre del Padre, es decir poner un límite, un alto, constituir un suspenso a la función fálica.” Asimismo, agrega que el transexual masculino pretende ser “totalmente” una mujer, la misma que Lacan plantea como inexistente, y allí—sostiene este último autor—se ubica el error del transexual, al confundir el órgano con el significante, intentando liberarse de este último cambiando aquel. Esto lleva a un atolladero, en la medida en que se intenta paliar la carencia del nombre del padre con un imposible que se pretende alcanzar con la intervención quirúrgica.

^{vi} Para von Hagens, la plastinación es tanto una técnica en la que intervienen procesos químicos y biológicos, como un “arte anatómico”, una disciplina en la que se mezclarían arte y anatomía, y que pretende, a partir de una disposición estética, que el cuerpo humano deje de ser un objeto de repulsión y alcance un fin educativo: “Hacernos— sostiene von Hagens— conscientes de la fragilidad y belleza de nuestro cuerpo”. Podemos situar el comentario de una mujer que ha solicitado que su cuerpo sea plastinado luego de

su muerte, aduciendo que esta técnica permite permanecer eternamente con la imagen más agradable de sí, en su caso cuando era delgada y bailarina. Sin duda, esta técnica que en la rigidez en movimiento no deja de ironizar a la muerte, convoca no sólo al arte y la ciencia, sino también a la ética, en una coyuntura en la que interviene no sólo el creador de la misma, sino también el que la solicita...y el que la mira.